

Al día siguiente no pudimos resistir al deseo de echar á lo méuos desde lejos una mirada sobre Jerusalem.

Hicimos nuestras condiciones con los padres; convínose en que dejaríamos en el monasterio una parte de nuestra gente, de nuestros caballos y de nuestros bagages; en que no llevaríamos con nosotros mas que los ginetes de Abugosh, los soldados egipcios y los criados árabes, indispensables para cuidar nuestros caballos de montar; en que no entraríamos en la ciudad; en que nos limitaríamos á darle la vuelta, evitando todo contacto con los habitantes; en que dado caso de que, por cualquier accidente,uviésemos con ellos algun contacto, no escigiríamos volver á entrar en el convento, retirariamos nuestros efectos y nuestra gente, y nos acampariamos en las cercanias de Jerusalem. Aceptadas estas condiciones y sin mas prenda que nuestra palabra y nuestra veracidad, nos pusimos en marcha.

JERUSALEN.

El 28 de Octubre, salimos á las cinco de la mañana del desierto de S. Juan Bautista. Esperamos la aurora á caballo, en el patio del convento, rodeado de altas tapias, para no comunicar, en las tinieblas, con los árabes y los turcos apestados del pueblo y de Belen. A las cinco y media nos ponemos en camino; subimos una montaña toda sembrada de enormes rocas grises, apiñadas unas sobre otras, como si las hubiera partido un martillo.—Algunas vides rastreras, cuyas hojas ha amarilleado el otoño, se ven en pequeños campos desmontados en los intervalos de los peñascos, y enormes torres de piedras, semejantes á aquellas de que habla el *Cantar de los cantares*, se alzan en estas viñas;—multitud de higueras, cuya cima está ya despojada de hojas, rodean estos viñedos, y dejan caer sus negros higos sobre la roca.

A nuestra derecha, el Desierto de San Juan, donde resonó la voz,—*vox clamavit in deserto*,—se abre, como un inmenso abismo, entre cinco ó seis altas y negras montañas, y en el intervalo que dejan sus pedregosas cumbres, el horizonte del mar de Egipto, cubierto de una bruma negruzca, se entreabre á nuestra vista;—á nuestra izquierda, y muy junto á nosotros, se ve una ruina de torre ó de castillo antiguo, en la cima de un cerro muy elevado, que se va despojando de verdura como todo o que lo rodea, se distinguen algunas otras ruinas, semejantes á los arcos de un acueducto, que bajan de aquel castillo; en la vertiente de la montaña, algunas cepas crecen á su pié y estienden sobre aquellos arcos derruidos algunas bóvedas de verdura amarilla y pálida: uno ó dos terebintos crecen aislados en aquellas ruinas, que son las del *Modin*, el castillo y la sepultura de los últimos hombres heróicos de la historia sagrada,—los Macabeos.—Dejamos á nuestra espalda aquellas ruinas resplandecientes bajo los rayos del sol matinal;—estos rayos no están fundidos, como en Europa, en una vaga y confusa claridad, en una irradiación espléndida y universal; se vibran desde lo alto de las montañas que nos ocultan á Jerusalem, como dardos de fuego, de diversos matices, reunidos en su centro, y separándose en el cielo á medida que se alejan de aquel; unos son de un color azul lige-

ramente argentado, otros de un blanco mate; estos de un rosa delicado y descolorido en sus bordes, aquellos de un color de fuego ardiente y cálido como las llamas de un incendio,—divididos, y sin embargo, armoniosamente acordados por medio de tintas sucesivas y degradadas:—parecen un brillante arco-iris, cuyo círculo se hubiera roto en el firmamento y que se diseminase en los aires:—esta es la tercera vez que este hermoso fenómeno de la aurora ó de la postura del sol se nos presenta bajo este aspecto, desde que estamos en la region montañosa de la Galilea y de la Judea: estas son la aurora y la tarde, tales cuales las representan los antiguos pintores, imágen que le parecería falsa á quien no hubiese sido testigo de la realidad.—A medida que avanza el dia, el brillo distinto y el color cerúleo ó inflamado de cada una de estas barras luminosas, disminuye y se funde en el brillo general de la atmósfera,—y la luna, que estaba suspendida sobre nuestras cabezas, rosada aún y de color de fuego, se desvanece, toma una tinta nacarada, y se hunde en la profundidad del cielo como un disco de plata, cuyo color palidece á medida que se sumerge en una agua profunda.

Después de haber subido una segunda montaña, mas alta y mas pelada aún que la primera, el horizonte se abre de repente sobre la derecha, y deja ver todo el espacio que se estiende entre las últi-

mas cumbres de la Judea donde estamos, y la alta cordillera de las montañas de Arabia. Este espacio está inundado ya por la luz ondeante y vaporosa de la mañana; despues de las colinas inferiores que están bajo nuestros piés, cubiertas de pedazos de peñas grises, la vista no distingue ya nada mas que aquel espacio deslumbrador y tan semejante á un vasto mar, que la ilusion fué completa para nosotros, y creimos discernir aquellos intervalos de sombra oscura, y de láminas mates y plateadas que el dia naciente hace brillar ó sombrear en un mar sereno. En las orillas de aquel oceano imaginario, un poco á la izquierda de nuestro horizonte, y á cosa de una legua de nosotros, el sol brillaba sobre una torre cuadrada, sobre un alto minarete, y en las anchas tapias amarillas de algunos edificios que coronan la cima de una colina baja, y cuya base nos ocultaba la colina misma; pero en algunas puntas de los minaretes, en algunas almenas de los muros mas elevados, y en la negra y azul cima de algunas cúpulas que piramidaban detras de la torre y del gran minarete, se reconocia una ciudad, de la que solo podiamos descubrir la parte mas elevada, y que descendia sobre las faldas del collado; aquella ciudad no podia ser otra sino Jerusalem; nos creiamos todavía mas distantes de ella, y cada uno de nosotros, sin atreverse á consultar al guia, por miedo de ver destruida su ilusion, gozaba en silencio de aquella primera

mirada, echada á hurtadillas sobre la ciudad, y todo me inspiraba el nombre de Jerusalem! Ella era; desprendíase amarilla sobre el fondo azul del firmamento y sobre el fondo negro del monte de los Olivos. Paramos nuestros caballos para contemplarla en aquella misteriosa y esplendente aparicion cada paso que teniamas que dar, bajando á los sombríos y profundos valles que estaban bajo nuestros piés, iba de nuevo á ocultarla á nuestros ojos; detras de aquellas elevadas murallas y de aquellos cimborios de Jerusalem, una alta y ancha colina se alzaban en segunda línea mas sombría que la que sostenía y ocultaba la ciudad; aquella segunda línea limitaba para nosotros el horizonte.

El sol dejaba en sombra su ladera occidental; pero hiriendo con sus rayos verticales su cima, semejante á una ancha cúpula, parecia hacer nadar su trasparente cima en la luz, y no se reconocia el indeciso límite de la tierra y del cielo mas que por algunos negros y corpulentos árboles, plantados sobre la cima mas elevada, y por entre los cuales hacia pasar el sol sus rayos; aquella era la montaña de los Olivos; aquellos olivos eran los mismos antiguos testigos de tantos dias escritos en la tierra y en el cielo, regados con lágrimas divinas, con el sudor de sangre y con tantas otras lágrimas y con tantos otros sudores desde la noche que los hizo sagrados. Distinguíanse confusamente algunos otros que formaban manchas sombrías en sus laderas;

luego, los muros de Jerusalem cortaban el horizonte y ocultaban el pié de la montaña sagrada; mas cerca de nosotros, é inmediatamente bajo nuestros ojos, nada se veía mas que el desierto de piedras que sirve de ingreso á la ciudad de piedras:—aquellas piedras enormes y todas de una tinta uniforme, de un gris ceniciento, se estienden sin interrupcion desde el punto en que estamos hasta las puertas de Jerusalem. Las colinas bajan y suben; estrechos valles circulan y serpentean entre sus raices; tambien de trecho en trecho se estienden algunas vegas, como para engañar el ojo del hombre y premoterle la vegetacion y la vida; pero todo es de piedra, colinas, valles y llanuras,—todo es una sola capa de diez à doce pies de profundidad de rocas unidas y que solo ofrecen bastante intervalo entre sí para que rastreen los reptiles y para romper la pierna del camello que se mete en aquellas grietas. Si la imaginacion se representa enormes tapias de piedras coloradas, como las del Coliseo ó de los grandes teatros romanos, desmoronándose de una sola vez, y cubriendo, con sus inmensos y fundidos paredones, la tierra que los sostiene, tendrá una idea exacta de la cepa y de la naturaleza de las rocas que cubren por todas partes estas últimas murallas de la ciudad del desierto. Quanto mas se acerca uno, mas se agolpan y se elevan las piedras, como eternas avalanchas, prontas á tragarse al pasajero. Los últimos pasos que se dan antes de

descubrir á Jerusalem, se dan en medio de una inmóvil y fúnebre calle de esas peñas que se alzan diez piés sobre la cabeza del viagero, y no dejan ver mas que la parte del cielo que está encima de ellas; estábamos en aquella última y lúgubre calle por ella, andábamos, hacia un cuarto de hora, cuando separándose de repente los peñascos á derecha é izquierda, nos dejaron frente à frente con los muros de Jerusalem, con los que ya estábamos tocando sin sospecharlo. Un espacio vacío de algunos centenares de pasos se estendia solamente entre la puerta de Belen y nosotros; este espacio, árido y ondulado, como aquellos glacia que rodean de lejos las plazas fuertes de Europa, y desolado como ellos, se abria á la derecha formando un estrecho valle que descendia en suave declive, y á la izquierda presentaba cinco añosos troncos de olivos medio tendidos bajo el peso del tiempo y de los soles:—árboles, por decirlo así, petrificados como los estériles campos de donde han salido dificultosamente. La puerta de Belen, dominada por dos terres coronadas de almenas góticas, pero desierto y silenciosa como aquellas antiguas puertas de los castillos abandonados, está abierta delante de nosotros.

Quedámonos inmóviles algunos minutos contemplándola; ardíamos en deseos de atravesarla; pero la peste estaba en su mas alto periodo de intensidad en Jerusalem, y no nos habian recibido en el

convento de San Juan Bautista del Desierto, sino mediante formal promesa de no entrar en la ciudad. No entramos, — y torciendo à la izquierda, bajamos lentamente siguiendo las altas murallas, construidas en el màrgen de un profundo barranco ó de un foso donde veíamos de trecho en trecho las piedras fundamentales de la antigua cerca de Heródes. A cada paso encontrábamos los cementerios turcos, blanqueados por monumentos funerales, coronados por un turbante; estos cementerios, cuyas soledades poblaba todas las noches la peste, estaban llenos aquí y allí de grupos de mugeres turcas y árabes que iban à llorar sus maridos ó sus padres. Algunas tiendas estaban plantadas sobre las sepulturas, y siete ú ocho mugeres sentadas ó de rodillas, teniendo en los brazos hermosos niños à quienes daban de mamar, eshalaban por intervalos lamentos acompasados, cantos ú oraciones fúnebres, cuya religiosa armonía se armonizaba maravillosamente con la desolada escena que teníamos à la vista. Aquellas mugeres no estaban tapadas con sus velos; algunas eran hermosas; tenían à su lado canastillos llenos de flores artificiales y pintadas con brillantes colores que plantaban en derredor de las sepulturas, regándolas con su llanto. Inclinábanse de cuando en cuando hácia la tierra, recién movida, y cantaban al muerto algunos versículos de su rezo, haciendo como que le hablaban al oído; luego, quedando en silencio pe-

gada la oreja al monumento, parecía que aguardaban ú oían la respuesta. Aquellos grupos de mugeres y de niños, sentados para llorar allí todo el día, eran la única señal de vida y de habitacion humana que nos apareció durante nuestro circuito al rededor de las murallas; por lo demas, ningun rumor, ningun humo se elevaba, — y algunas palomas, volando de las higueras à las almenas, y de las almenas à las orillas de las piscinas santas, eran el único movimiento y el único murmullo de aquel mudo y vacío recinto.

A mitad de camino de la cuesta que nos conducía al Cedron y al pié del monte de los Olivos, vimos una profunda gruta, abierta, no léjos de los fosos de la ciudad, bajo un cerro de roca amarillenta. No quise detenerme en aquel sitio; queria ver primeramente à Jerusalem y nada mas que à ella toda entera, abrazada de una sola mirada con sus valles y sus colinas, su Josafat y su Cedron, su templo y su sepulcro, sus ruinas y su horizonte!

Pasamos en seguida delante de la puerta de Damasco, lindísimo monumento del gusto árabe, flanqueado de dos torres; abierta por un ancho, alto y elegante arco diagonal, y almenado con almenas arabescas en formas de turbantes de piedra: luego torcimos à la derecha junto al ángulo de los muros de la ciudad que forma por el lado del Norte un cuadro regular, y teniendo à nuestra izquier-

da el profundo y oscuro valle de Getsemaní, cuyo fondo ocupa y llena el torrente en seco, del Cedron; seguimos, hasta la puerta de San Esteban, un sendero angosto, tocando con las murallas, interrumpido por dos hermosas piscinas, en una de las cuales sanó Cristo al paralítico. Este sendero está suspendido sobre una márgen estrecha que domina el principio de Getsemaní y el valle de Josafat; en la puerta de San Esteban, se interrumpe en su direccion á lo largo de los terrados verticales que sostenian el templo de Salomon, y sostiene hoy la mezquita de Omar, y una rápida y ancha cuesta descendiendo de repente á la izquierda hácia el puente que cruza el Cedron y conduce á Getsemaní y al huerto de los Olivos. Pasamos este puente, y nos apeamos de nuestros caballos enfrente de un hermoso edificio de arquitectura compuesta, pero de un carácter severo y antiguo, que está como sepultado en lo mas hondo del valle de Getsemaní y ocupa toda su anchura. Aquella es la sepultura supuesta de la Virgen, Madre de Cristo; pertenece á los armenios, cuyos conventos han sido los mas castigados por la peste. No entramos pues en el santuario mismo del sepulcro, y me contenté con arrodillarme en la grada de mármol del patio que precede á aquel lindo templo, é invocar á aquella cuyo piadoso y tierno culto enseña en temprana edad toda madre á su hijo; cuando me levanté, ví

detras de mí sobre una fanega de estension, tocando por un lado á la elevada orilla del torrente del Cedron, y por la otra alzándose suavemente junto á la base del monte de los Olivos: una pequeña tapia de piedras sin mortero rodea este campo, y ocho olivos á treinta ó cuarenta pasos unos de otros le cubren casi todo entero con su sombra. Estos olivos son de los mas corpulentos árboles de su especie que he visto en mi vida; la tradicion hace ascender su edad hasta la memorable época de la agonía del Hombre-Dios, que los eligió para ocultar sus divinas angustias. Su aspecto confirmaria en caso de necesidad la tradicion que los venera; sus inmensas raices seculares, han levantado la tierra y las piedras que las cubrian, y alzándose bastantes piés sobre el nivel del suelo, presentan al peregrino asientos naturales donde puede arrodillarse ó sentarse para recoger los santos pensamientos que descienden de sus silenciosas cimas. Un tronco nudoso, retorcido, arado por la vejez como por profundas arrugas, se eleva en ancha columna sobre aquellos grupos de raices, y como agobiado y vencido por el peso de los años, se inclina á derecha ó á izquierda, y deja pender sus vastos ramos entretejidos, que cien veces ha podado el hacha para rejuvenecerlos. De aquellos ramos viejos y pesados, que se inclinan sobre el tronco, salen otros mas jóvenes, que se elevan un poco hácia el cielo, y de donde se escapan algunos tallos de

uno ó dos años, coronados de algunos grupos de hojas, y ennegrecidos por algunas aceitunillas azules que caen, como celestiales reliquias, sobre los piés del viagero cristiano. Separéme de la caravana queⁿ se habia quedado al rededor de la sepultura de la Virgen, y me senté un momento sobre las raíces del mas solitario y añoso de aquellos olivos; su sombra me ocultaba los muros de Jerusalem, su ancho tronco me sustraía á las miradas de los pastores que apacentaban negras ovejas en la falda del monte de los Olivos. No tenia yo á la vista mas que el profundo y desgarrado barranco del Cedron y las copas de algunos otros olivos que cubren en este sitio toda la anchura del valle de Josafat. Ningun rumor se alzaba del cauce del torrente en seco; ninguna hoja temblaba en el árbol; cerré un momento los ojos; trasportéme mentalmente á aquella noche, víspera de la redencion del linage humano, en que el mensagero divino bebió hasta las heces el caliz de la agonía, ántes de recibir la muerte de mano de los hombres en galardón de su celeste mensaje. Pedí mi parte de aquella selva-cion que vino á traer al mundo á tan alto precio; representéme el oceano de angustias que debió nundar el corazón del hijo del hombre cuando contempló con una sola mirada todas las miserias, todas las tinieblas, todas las amarguras, todas las vanidades, todas las iniquidades de la suerte del hombre; cuando quiso levantar él solo aquella pe-

sada carga de crímenes y de desgracias bajo la cual la humanidad toda entera pasa encorvada y gimiente en este estrecho valle de lágrimas; cuando comprendió que no se le podia traer siquiera una verdad y un consuelo nuevo al hombre sino á precio de su vida; cuando, retrocediendo de espanto ante la sombra de la muerte que siente ya sobre sí, dijo á su Padre: "Pase este cáliz lejos de mí!" — Y yo, hombre miserable, ignorante y débil, también podia esclamar al pié del árbol de la flaqueza humana:— Señor, haced que todos esos cálices de amarguras se alejen de mí y derramadlos en aquel cáliz bebido ya por todos nosotros! El tenia fuerza para apurarle hasta las heces;—él os conocia, él os habia visto;—él sabia por qué iba á beberle; él sabia qué vida inmortal le esperaba en el fondo de su sepultura de tres dias;—pero yo, Señor, qué sé, ¿qué conozco mas que el dolor que quebranta mi corazón, y la esperanza que él me ha enseñado?

Levantéme y admiré hasta qué punto aquel sitio habia sido divinamente predestinado y elegido para la escena mas dolorosa de la pasión del Hombre-Dios. Era un valle estrecho, encajonado, profundo; cerrado al Norte por alturas sombrías y pedregadas en que estaban las sepulturas de los reyes; sombreado al Oeste por la sombra de los adustos y gigantescos muros de una ciudad de iniquidades; cubierto al Oriente por la cima del monte de los

Olivos, y cruzado por un torrente que arrastraba sus amargas y amarillentas ondas sobre las quebrantadas peñas del valle de Josafat. A algunos pasos de allí, una negra y pelada roca se destaca, como un promontorio, del pié de la montaña, y suspendida sobre el Cedron y sobre el valle, sostiene algunas antiguas sepulturas de los reyes y los patriarcas, labradas en gigantesca y estraña arquitectura, y se lanza, como el puente de la muerte, sobre el valle de las lamentaciones!

En aquella época, sin duda, las faldas, hoy medio peladas, del monte de los Olivos, estaban regadas por el agua de las piscinas y por las corrientes olas del Cedron. Huertas de granados, de naranjos y de olivos cubrían de una sombra mas densa el angosto valle de Getsemani, que se abre, como un nido de dolor, en el fondo mas estrecho y tenebroso del de Josafat. El hombre de oprobio, el hombre de dolor podia esconderse allí como un criminal, entre las raices de algunos árboles, entre las rocas del torrente, bajo las triples sombras de la ciudad, de la montaña y de la noche; podia oír desde allí las secretas pisadas de su madre y de sus discípulos que pasaban por el camino buscando à su hijo y à su maestro; los confusos rumores, las estúpidas aclamaciones de la ciudad que se alzaban sobre su cabeza para regocijarse de haber vencido la verdad y espulsado à la justicia; y el gemido del Cedron que corria bajo sus piés, y que pronto iba à ver su ciudad derribada y sus

manantiales destruidos por la ruina de una nacion culpable y ciega. ¿Podia escoger mejor Cristo el lugar de sus lágrimas? ¿Podia regar con el sudor de su sangre una tierra mas trabajada por miserias, mas abrevada de tristezas, mas empapada en lamentaciones?

Volví à montar à caballo, y, volviendo à cada instante la cabeza para ver algo mas del valle y de la ciudad, subí en un cuarto de hora la montaña de los Olivos; cada paso que daba mi caballo por el sendero que conduce à su cima, me descubria un barrio, un edificio mas de Jerusalem. Llegué à la cumbre coronada por una mezquita ruinoso que cubre el sitio donde Cristo se elevó al cielo despues de su resurreccion; toré un poco à la derecha de aquella mezquita para llegar junto à dos columnas rotas, tendidas por el suelo, al pié de algunos olivos, sobre una meseta que mira al mismo tiempo à Jerusalem, à Sion, à los valles de San Sabá que conducen al mar Muerto, y al mismo mar Muerto que brilla desde allí entre las cimas de las montañas y el horizonte inmenso y surcado por cumbres diversas que remata en las sierras de Arabia. Allí me senté;—hé aquí la escena que tenia delante.

La montaña de los Olivos, en cuya cima estoy sentado, descende en áspera y rápida pendiente, hasta el profundo abismo que la separa de Jerusalem y que se llama el valle de Josafat. Desde

el fondo de este sombrío y estrecho valle cuyas pedradas laderas están salpicadas de piedras negras y blancas, piedras fúnebres de la muerte, se alza una inmensa y ancha colina cuya rápida inclinación se parece á la de un alto murallon desmoronado; ningun árbol puede plantar en ella sus raíces, ningun musgo puede siquiera enganchar en ella sus filamentos; la pendiente es tan pina que la tierra y las piedras ruedan por ella sin cesar, y no presenta á la vista mas que una superficie del polvo árido y desecado, semejante á montones de cenizas tirados desde lo alto de la ciudad. Hacia la mitad de esa colina ó baluarte natural, altas y fuertes murallas de piedras anchas y no labradas en su faz exterior toman arranque ocultando sus cimientos romanos y hebráicos bajo aquella misma ceniza que cubre su pié, y se alzan aquí cincuenta, ciento, y mas léjos, de dos á trescientos piés sobre esta base de tierra.

Las murallas están cortadas por tres puertas de la ciudad, de las cuales dos están tapiadas; la única abierta delante de nosotros parece tan vacía y desierta como si solo diese entrada á una ciudad no habitada. Los muros se alzan todavía encima de aquellas puertas y sostienen un ancho y vasto terrado que se estiende sobre los dos tercios de la longitud de Jerusalem, por el lado que mira al Oriente; este terrado puede tener á ojo mil piés de largo sobre quinientos á seiscientos de ancho; está

casi perfectamente nivelado, salvo en su centro, donde se ahueca insensiblemente, como para recordar á la vista el valle poco profundo que separaba en otro tiempo la colina de Sion del valle de Jerusalem. Esta magnífica meseta, preparada sin duda por la naturaleza, pero evidentemente acabada por mano de los hombres, era el sublime pedestal sobre el cual se elevaba el templo de Salomon; en el dia sostiene dos mezquitas turcas; una, El-Sakara, en el centro de la meseta, en el solar mismo donde debia estenderse el templo; la otra, en la estremidad sudeste de la meseta, contigua á los muros de la ciudad. La mezquita de Omar, ó El-Sakara, admirable edificio de arquitectura árabe, es una mole de piedra de mármol de inmensas dimensiones, de ocho lados; cada lado está decorado con siete arcos que rematan en ogiva ó arco diagonal; encima de este primer órden de arquitectura, hay un tejado en forma de azotea, de donde arranca otro órden de arcos mas estrechos, terminados por una graciosa cúpula cubierta de cobre, dorado en otro tiempo.

Las tapias de la mezquita están revocadas de esmalte azul; á derecha é izquierda se estienden anchas paredes terminadas por ligeras columnatas moriscas, correspondientes á las ocho puertas de la mezquita; mas allá de estos arcos desprendidos de todo el edificio, contiúan las mesetas y rematan, una en la parte norte de la ciudad, otra en los mu-

ros por el lado del Mediodía. Altos cipreses diseminados como á la casualidad, algunos olivos, verdes y graciosos arbustos, que crecen aquí y allí entre las mezquitas, realzan su elegante arquitectura y el brillante color de sus paredes con la forma piramidal y la sombría verdura que se dibujan sobre la fachada de los templos y de las cúpulas de la ciudad.

Mas allá de las dos mezquitas y del solar del templo, Jerusalem toda entera se estiende y brota, por decirlo así, delante de nosotros, sin que el ojo pueda perder ni un tejado, ni una sola piedra de su recinto, y como el plano de una ciudad en relieve presentado por un artista sobre una mesa. Esta ciudad, no como nos la han presentado, informe y confuso monton de ruinas y de cenizas, sobre el cual se ven algunas cabañas de árabes, ó algunas tiendas de beduinos; no como Atenas, caos de polvo y de tapias derruidas, donde el viagero busca en vano la sombra de los edificios, el vestigio de las calles;—la vision de una ciudad, pero ciudad brillante de luz y de color!—presentando noblemente á las miradas sus muros intactos y almenados, su mezquita azul con sus columnatas blancas, sus millares de cúpulas resplandecientes, sobre las cuales la luz de un sol de otoño cae y rebota en vapor que deslumbra; las fachadas de sus casas teñidas, por el tiempo y por los veranos, del color amarillo y dorado de los edificios de Pesto ó de Ro-

ma; sus viejas torres, guardas de sus murallas, á que no falta ni una piedra, ni una tronera, ni una almena; y en fin, en medio de aquel oceano de casas y de aquella muchedumbre de pequeñas cúpulas que las cubren, un cimborio negro y rebajado, mas ancho que los otros, dominado por otro cimborio blanco,—el Santo Sepulcro y el Calvario,—están confundidos y como ahogados en el inmenso laberinto de cimborios, de edificios y de calles que los rodean, y es difícil darse cuenta así de la situacion del Calvario y de la del Sepulcro, que con arreglo á las ideas que nos da el Evangelio, deberian hallarse sobre una colina apartada fuera de las murallas, y no en el centro de Jerusalem! La ciudad, estrechada por el lado de Sion, se habrá ensanchado sin duda por el lado del Norte, para abarcar, en su recinto, los dos sitios que hacen su baldon y su gloria, el sitio del suplicio del Justo y el de la resurreccion del Hombre-Dios.

Hé aquí la ciudad desde lo alto de la montaña de los Olivos! No tiene horizonte detras de sí, ni por el lado del Occidente, ni por el del Norte: la línea de sus muros y de sus torres, las agujas de sus numerosos minaretes, los arcos de sus brillantes cimborios; se recortan duramente sobre el azul de un cielo de Oriente; y la ciudad, así sostenida y presentada sobre su ancha y elevada base, parece que brilla todavia con todo el antiguo esplendor de sus profecías, ó que no espera mas que una palabra